

percederas en mi gratitud, alejaron de mi alma aquel terrible eclipse en que se produjeron mis días negros. Desahogado el corazón, vendadas sus heridas, levantemos la frente y empuñemos la péñola parlanchina. . . . pero que sea después de unos momentos de descanso. ¿No les parece á vdes., lectores queridos?

para el pintor manchar como para la generalidad de los artistas. Se trata de un teatro, de una frente deformada de un carrillo con un finar como una avejuna, caridos es una cosa, parece que lo característico es la guía de la prolongación de la nariz ó la dentura, y la habilidad del pintor que da reconocida con poco estudio.

Habia en una casa sesiones de magnetismo, que mucho contrasta con la gente y que tratan medio filosóficas y las anchuras y á los carillosos.

Me fue presentado á una tertulia en que se jugaban juegos de prendas, dándose relaciones instructivas, sino de algunas ciencias históricas, geográficas y de biología.

XI

Visitas.—Días santos.—Los teatros.—Relaciones.—Colon.—Baranda Conti.—Recuerdos de Juarez.—Guadalajara.—Zamacona.

MTRIK, á quien habia perdido de vista, comenzó conmigo una serie de excursiones, y visité varias familias distinguidas del barrio frances. No particularizo esas visitas, porque las familias en su trato íntimo no ofrecen diferencias marcadas con nuestras costumbres.

La absoluta independencia de la mujer no cuenta con ardientes partidarios, y el amor libre repugna altamente á la raza latina.

Buenas madres de familia, esposos encerrados en los gozces domésticos y señoritas de excelente educacion: por lo mismo, estas costumbres son más difíciles de pintar.

Cuando se pinta una fisonomía vulgar, tanto trabajo es

para el pintor marcarla como para la generalidad reconocerla. Si se trata de un tuerto, de una frente deprimida, de un carrillo con un lunar como una avellana, entónces es otra cosa; parece que lo característico es la giba, ó la prolongacion de la nariz, ó la berruga; y la habilidad del pintor queda reconocida con poco esfuerzo.

Habia en una casa sesiones de magnetismo, que mucho entretenian á la gente y que traian medio enloquecidas á las ancianas y á los cavilosos.

M. Trik me presentó á una tertulia en que se jugaban juegos de prendas, dándoles aplicaciones instructivas, siendo algunos ejercicios históricos, geográficos y de biografía: mucho sentí no hacer una coleccion de esos juegos, que me parecen de fácil y deleitosa aplicacion en México.

Es muy notable la influencia clerical en las familias de la raza latina.

La educacion, esencialmente de las niñas, está encomendada á las hermanas de la caridad, las Ursulinas y otras corporaciones religiosas, que con sus cintas y amuletos, sus aguas milagrosas, sus estampas, medallas y novenas, sojuzgan á las jóvenes é intervienen en lo más íntimo de las familias.

La educacion masculina está en atraso, si se compara con el Norte y con lo que tenemos hablado en California; no obstante, el Sr. Dimitrith consultó sábias disposiciones é intervino en la formacion de leyes que habrian desarrollado las muy notables aptitudes de la gente del Sur.

Por aquellos dias, es decir, en Marzo, fué la Semana Santa. En la iglesia parroquial que ya conocemos, se hicieron los oficios con ménos pompa y en menor escala que en cualquiera de nuestras iglesias de segundo orden.

El Juéves Santo en la noche se dió un gran concierto en la iglesia parroquial, en que pagamos los *devotos*, á CUATRO REALES LA ENTRADA: nada más sacrílego que el latin pronunciado y cantado por un padre frances.

Los teatros, que como dice con chiste un crítico frances, son las *iglesias* del diablo, no tenian importancia: despues de los dias santos no habia ninguna compañía formal, y tuvimos que conformarnos con representaciones de aficionados, cuyos productos eran para establecimientos de beneficencia.

En esos teatros, no recuerdo cuál, en uno de los entreactos se presentó una reunion de negros y de negras, llenos de compostura; modestos, pero elegantemente vestidos, á cantar unos coros llenos de majestad y de dulzura.

No recuerdo bien á lo que se referia el canto; me parece, aunque no tengo certeza, que era una escena de la *Cabaña del Tio Tomás*, creo que referente á la muerte de una niña blanca.

La vibracion, húmeda de las lágrimas, del sollozo; el sentimentalismo sublime de la plegaria que tiende sus alas blancas bajo el cielo azul de la inocencia; todo lo más delicado, todo lo más voluptuoso de la melancolía íntima; aquellas lágrimas que como que resplandecian, como se dora la lluvia con los últimos destellos del sol poniente, al caer de la negra nube que se despliega sobre el Ocaso, todo me conmovió.

Y me conmovió, porque aquella raza proscrita, herida,

parecía reanudar por el sentimiento, los vínculos despedazados por la revolución.

Quintero estaba á mi lado, me hacia notar con aquella su elocuencia vigorosa y sombría, las afecciones filiales de algunos negros, los rasgos admirables de amor de algunos dueños de esclavos y los vínculos subsistentes, á pesar del desencadenamiento de las pasiones.

En otro teatro vimos en caricatura el matrimonio de una francécita pizpereta, parlanchina y espiritual, con uno de esos yankees desgoznados, bebedores, que no vacilan entre una mirada y un buen trago de cerveza, ó una lonja de jamon.

Muy frecuentemente asistia al almacén de M. Colon, donde acudian muchos mexicanos á hacer sus compras para Tampico y los pueblos de la frontera.

El almacén es como una encrucijada de lienzos, con sus entradas, salidas y vericuetos. En el centro de dos extensísimas galeras, y en un recodo que forman, está el escritorio en febril actividad.

Hay muchos dependientes en aquella casa, que á veces presenta el aspecto de una feria: allí concurría yo por estudiar algo de nuestras relaciones mercantiles, y porque Mr. Colon es el hombre más fino y servicial que se puede imaginar.

Además, M. Colon es amigo de muchos comerciantes de Tampico y Matamoros, que acuden á su casa constantemente, y esta circunstancia me procuraba noticias de México.

Uno de los comerciantes más sesudos que allí asistia, me decia al oír mis observaciones sobre nuestro comercio en la frontera:

—No se canse vd., la guerra de las tarifas no solo minará

nuestro comercio y nuestras rentas, sino que producirá dificultades políticas de alta cuantía, sean las que fueren las protestas diplomáticas y los esfuerzos para mantener la paz entre los dos pueblos. Y lo peor es que los americanos pueden alegar, respecto de nosotros, razones que mucho debe pesar el gobierno mexicano.

Nuestras producciones principales, las constitutivas de nuestro comercio de exportación, son aceptadas en los Estados-Unidos libres de derechos, ó con un derecho muy módico, y esto les da gran vuelo, al extremo de calcularse en doce millones de pesos.

Los artículos valiosos en esa gran suma, son: café, azúcar, zarzaparrilla, purga de Jalapa, henequen, ajos, petates, hamacas, arroz, vainilla, cueros, etc., etc., y todos esos artículos son libres en su importación á los Estados-Unidos, ó pagan derechos muy bajos, con excepcion del tabaco, de que no hacemos grandes envíos á la República vecina.

En cambio, las tarifas mexicanas repelen y gravan extraordinariamente los artículos que produce el Norte, como las harinas, por ejemplo, y los tejidos de algodón; el resultado será que ó se sisteme el contrabando para hacer efectivos los cambios, ó se establezca la reciprocidad, admitiendo nosotros efectos que ahora rechazamos; y por la propaganda del proteccionismo en el terreno práctico, cada concesión podría importar una revolución.

Lo mismo sucede respecto de la zona; si se tacha de privilegio, extiéndose á todas las fronteras y el privilegio se convertirá en beneficio; y si se suprime, piénsese en que despoblar nuestra frontera equivale á traer al corazón de la República la invasión americana.

Aseguro á vd., continuaba mi viejo amigo, que ninguna de las cuestiones que tiene pendientes México es de tan vital importancia, como esta que estamos abordando tan superficialmente.

—Pero, ¿en qué quedamos? me decia yo mismo. ¿Me pongo en tren de soplar al prójimo entre pecho y espalda una leccion de economía política? . . . No, señor. Y daba distinto rumbo á mis pensamientos.

Mucho habia hablado á mis compañeros de mis recuerdos de Orleans.

El aspecto de la ciudad habia cambiado extraordinariamente, de 1858 á la fecha; los amigos que nos recibieron, y á quienes debimos favores y cariño, habian desaparecido. El entónces risueño barrio frances, jóven, animado, rico y alegre, ahora se nos presentaba pálido, enfermo, lleno de harapos y como un mendigo; no era siquiera el esqueleto, eran los restos humanos en repugnanté descomposicion.

Allí nos ofreció sus servicios Reybaud, frances de origen, alistado en nuestro ejército, fogoso, batallador y franco marino, amigo de nuestros calaveras de buen tono y entusiasta por México. Reybaud era nuestro cónsul en Orleans.

Traté con placer vivísimo á Domingo Goicuria, héroe de la independenciam cubana.

Enjuto de carnes, de color cetrino, óvalo prolongado de semblante, nariz aguileña y unos ojos en que se aparecian las tempestades y relámpagos de su alma apasionada. Tenia la cabeza blanca Domingo, y hondas arrugas surcaban su frente: su barba profusa y blanquísima caía á la mitad de su pecho y ondeaba revuelta á su accionar expresivo.

Narciso López le contó entre sus filas, Hernandez le vió en la vanguardia con sus compañeros; á él, se puede decir, se debió la expedicion de Lillan.

A cada revés se erguía más aquella naturaleza poderosa y aquella alma sublime.

Fatigó los mares con sus viajes, agenciando auxilios para redimir á su patria, regó sus años y vió desaparecer su juventud en aquella obstinada lucha.

Refugiado en Nasau, isla inglesa del archipiélago de las Lucayas, no pudo soportar su inaccion y se aventuró á cruzar en un bote el Océano, para tocar á su amada Cuba y pasar despues á México.

En un islote próximo á Cuba fué sorprendido el héroe y conducido á la Habana; tenia, cuando esto aconteció, setenta años.

Se hizo que le escarneciera el populacho, se exprimió la hiel de la injuria en sus dias, y se llegó al refinamiento en la crueldad.

Embotados los tiros de la tiranía en aquel carácter verdaderamente heróico, se le hicieron propuestas de advenimiento. El contestó tranquilamente:

“He vivido lo bastante para preferir la honra á la vida.”

El furor de los dominadores de Cuba no tuvo límites: se preparó el suplicio de Goicuria como un festin: se elevó un altísimo cadalso, condujeron á él al venerable mártir, quien al parecer extraño á cuanto le rodeaba, sencillo y apacible, fumaba tranquilo como si no esperase la muerte, sino á un amigo á quien muchas veces hubiera tratado de cerca.

Así expiró el héroe. . . . México le debió cariño inmenso y eminentes servicios. Su patria le debe una estatua: la mia,

por mi mano, derrama coronas de laurel y flores de gratitud sobre su tumba.

Compañero inseparable de Goicuría, patriota esclarecido, escritor considerado, Pedro Santacilia fué para nosotros poderoso aliado; veía entónces á México como su segunda patria, y adquirió títulos preciosos para que le llamásemos nuestro los que militábamos en las banderas de la Reforma.

Las personas que acabo de mencionar fueron las únicas que se mostraron en Orleans afectuosas con *la familia enferma*.

Ya he dicho que nos hospedamos en Orleans en Baranda Conti; pero lo que no he indicado es que por más que preguntaba y por más que rastreaba é inquiría noticias, el desdichado hotelito se había perdido para mí y parecía que porfiábamos, él para ocultarse y yo para encontrarle y pedirle cuenta de mis recuerdos.

En una de las noches más sombrías en que nos retirábamos de la *Leveé*, místios y silenciosos, despues de esperar en vano la llegada del paquete, álguien torció por una callejuela que parecía en acecho de la calle, tan oscura, que nuestras sombras parecían comunicarle luz, y tan sesga y mal averiguada, que parecía esconderse bajo sus escombros y tejados, á las pesquisas de la policía.

La mayor parte de las que podían parecer habitaciones eran bodegas, y los que algun temerario hubiera sospechado tránsitos, eran caminos excusados de las ratas, dominadoras absolutas de aquel nauseabundo terreno.

Bajo aquellos tejados, entre aquellos cajones, arpilleras y barrilaje amontonado, vimos un farolillo colgado, pero colgado como para poner en un suplicio la luz.

Por un movimiento indeliberado, penetré á donde estaba ahorcándose de un cordel la luz, como queriendo suicidarse, y á su luz, en aquel patio extraño, descubrí medio borradas las letras que en otro tiempo eran el aviso triunfal de *Baranda-house*.

Nos sucede frecuentemente á los viejos, que encontramos un bulto en la calle... esa no es una mujer, es una calamidad, es un personaje de pesadilla... es corcovada... entre un desmoronamiento de facciones torcidas, arrugadas, distinguimos una boca diagonal, desdentada, náufraga; pero nos fijamos en los ojos; ¡cómo! ¿es ella...? es la mujer que nos embelesó de hermosura y ante quien nos embriagamos de admiracion y voluptuosidad... y la dueña saca un brazo de esqueleto y nos tiende la mano carnosa, y nosotros queremos pedir socorro para que se aleje la vision.

Tal fué la impresion que me produjeron el patio inmundado, las tablas arrancadas, el conjunto de ruinas del hotel, que despertaba de una manera enérgica mis recuerdos.

Retrocedí á donde estaban mis amigos, y como habian dudado de la existencia del hotel, al ver frustradas mis diligencias por encontrarlo, "vengan vdes., les gritaba, vengan aquí... allí tienen vdes. la habitacion de Juarez; más adelante estaba Ocampo... Leon Guzman, Cendejas y yo por aquel corredor... en esa extremidad pasaba sus horas Manuel Ruiz..." y estos recuerdos iluminaban mi alma y como que exigía mi voz cariño y homenaje á los hombres eminentes que en primera línea figuraron en la grande epopeya de la Reforma.

Juarez, con toda su elevacion, se imponía en mi memoria; su frente despejada y serena, sus ojos negros llenos de dul-

zura, su impasibilidad de semblante, su cuerpo mediano, pero desembarazado y airoso, su cabello lacio y como de azabache, cayendo en abiertos hilos sobre su frente . . . todo quería se apareciese á los demás.

Remedaba yo á Ocampo con su largo cabello cayendo hácia atrás, su faz redonda, su nariz chata, su boca grande, pero expresiva, su palabra dulcísima y sus manos elocuentes, porque accionaba de un modo, que las manos eran el complemento y la acentuacion de la palabra.

Juarez en el trato familiar era dulcísimo, cultivaba los afectos íntimos, su placer era servir á los demás, cuidando de borrar el descontento hasta en el último sirviente; reia oportuno, estaba cuidadoso de que se atendiese á todo el mundo, promovía conversaciones joviales, y despues de encender, callaba, disfrutando de la conversacion de los demás y siendo el primero en admirar á los otros. Jamás le oí difamar á nadie, y en cuanto á modestia, no he conocido á nadie que le fuera superior.

Se me ocurren, entre otras, tres anécdotas que pintan el carácter de Juarez, y me van á perdonar mis lectores que se las refiera:

Llegamos á Veracruz de noche: el Sr. Zamora tenia dispuesta una casa con lujo para las personas del Gobierno: la seccion correspondiente al Sr. Juarez, como era natural, era la mejor; pero la primera noche que nos quedamos allí hizo el mismo Sr. Juarez un cambio, ordenando que el Sr. Ocampo y yo quedásemos en sus habitaciones, y él pasó á las nuestras, que tenían inmediato el baño; porque lo mismo en Veracruz que en el Paso del Norte, se bañaba diariamente el Sr. Juarez, que era sumamente aseado.

La jarochita que gobernaba la casa no supo de este cambio; así es que al siguiente día de nuestra llegada, pidió agua el Sr. Juarez y algo que necesitaba: la salida del hombre que pedia á la azotehuela, su traza, ó lo que se quiera, produjo enojo en la gobernadora de palacio, y le dijo: "Habrá impertinente! Sírvase vd. si quiere." Juarez se sirvió con la mayor humildad.

A la hora del almuerzo llegó Juarez á ocupar su asiento: la negrita lo vió, reconoció al que en la mañana habia creído un criado . . . y haciendo aspavientos y persignándose, salió corriendo, diciendo la barbaridad que habia cometido. El Sr. Juarez rió mucho, y Dolores fué conservada como excelente servidora.

Recien llegado el Sr. Alvarez á México, el Sr. Juarez, que era ministro de Justicia, concurría conmigo al Teatro Nacional: nuestros asientos estaban juntos.

Una noche dilató el Sr. Juarez, y uno de estos foráneos cerreros, de primera silla (así llamaremos á su levita), se apoderó del asiento de Juarez, se colocó su sombrero ancho entre las piernas, y se entregó, con su gran promontorio de cabellos, á ver la ópera.

Juarez llegó á la mitad del acto, se acercó al ranchero pidiéndole el asiento . . .

—Pus qué no he pagado? . . . váyase el roto á buscar madre . . .

Juarez se retiró á otro asiento: en el entreacto fué el acomodador á explicar su falta al ranchero, diciéndole que era del señor ministro de Justicia la luneta . . .

—¡Ave María Purísima! dijo el ranchero, poniéndose las manos en la cara . . . ¡Ave María! pus buena la hice.